

espada. ¿Creíais, acaso, que si algún día tuviese algún resentimiento contra alguien iría tontamente a buscarle quimera para que los dos expusiéramos nuestros pechos a la punta de las espadas? No soy tan necio, príncipe mío. Cuando uno tiene la desventura de ser el favorito del duque Alejandro, es preciso que saque de su posición todos los beneficios posibles. Lo que yo haré será aguardar a mi enemigo entre dos puertas y hundirle el puñal en su garganta. Mirad qué hermoso es.

Alejandro tomó el puñal y lo examinó, y vió que el mango estaba maravillosamente cincelado.

—Lo que hay que admirar —dijo Lorenzo— no es el mango, sino la hoja. Es acerada como una aguja y fuerte como el mandoble de nuestro enemigo Francisco I.

—¿Dónde has comprado esta preciosidad? —preguntó el duque.

—¿Comprado? —exclamó Lorenzo, —¿es que acaso se compran estas preciosidades? Me lo regaló mi primo Cosme de las Bandas Negras. El pobre muchacho se aburre de tal suerte en su castillo de Trebbio, que, para distraerse, se ha dedicado a la química, logrando encontrar el modo de envenenar a los gatos y templar el acero. Con su veneno, los gatos mueren en cinco segundos, y con su acero corta el pórfido. La última vez que fui a verlo, ¿a quién diríais que encontré en Trebbio? A Benvenuto Cellini, que no quiere trabajar para vos, el cual se estaba vanagloriando de haber disparado el arcabuzazo que acabó con el condestable de Borbón. Benvenuto llevó este puñal a Cosme, el cual me lo regaló a mí. Por eso no os lo ofrezco, porque uno debe conservar lo que le regalan... Y además, lo necesito para matar a quien yo sé.

—Eres un tonto en tomarte este trabajo por tu propia mano, pues con decirme quién es el que te estorba yo me encargaré de quitarlo de en medio.

—¡Cuán poco delicado sois en materia de venganzas! Apuesto que os valdrías de un esbirro para quitar de en medio a mi enemigo... ¡Bah! ¿No es nada acaso el placer de la venganza, el sentir cómo una pequeña hoja, aguda y bien templada, penetra entre dos costillas, y lamer el corazón del enemigo con esta fina lengua de acero? Por ejemplo, esta misma noche, ¿no habéis tenido más placer en matar vos mismo al marqués del Cibo atizándole la magní-

fica estocada que le atrevesó los pulmones, que no si lo hubiéseis hecho asesinar por Jacobo, que lo hubiera degollado brutalmente, o por el *Húngaro* que aun más brutalmente lo habría despachurrado?

—¡Voto al diablo! Tu me haces pensar en ello, ¿Ya sabes que el otro no estaba muerto?

—¡Bah!

—No, no; han seguido el rastro de su sangre desde la casa de Cibo hasta la de Bernardo Corsini, donde, junto con éste, ha sido arrestado.

—¿Y quién era?

—Silvestre Aldobrandini. ¿No es verdad que Mauricio, el canciller de los Ocho, tiene buena mano?

—En efecto; pero quizá no os ha dicho otra cosa.

—¡Como que tampoco le he preguntado más!...

—¡Hombre, tiene gracia la cosa! ¡Como si un canciller de policía debiese contestar solamente a lo que le preguntan! ¿Acaso cree Mauricio que el marqués de Cibo y Silvestre Aldobrandini son los únicos que han entrado en Florencia?

—Esa es su creencia.

—¿No os ha hablado de nadie más?

—No.

—¿Y de Felipe Strozzi, tampoco os ha dicho nada?

—Sí; y aun le he preguntado dónde se hallaba.

—¿Y os lo ha dicho?

—Un canciller de policía responde siempre a lo que le preguntan.

—Y... ¿dónde se halla mi querido tío?

—En su fortaleza de Montereccione.

—Vaya, veo que no me he equivocado al juzgar a Mauricio.

—¿Respecto de qué?

—Lo tenía por necio y veo que es un tonto.

—¿Qué te ha hecho mudar de opinión?

—Los informes que él da.

—¡Cómo! ¿Felipe Strozzi...?

—No se halla en su fortaleza de Montereccione.

—¿Dónde se halla, pues?

—En Florencia.

—¿Que está Strozzi en Florencia? —exclamó el duque.

—¡No puede ser!

—Es cierto—continuó Lorenzo, con su peculiar acento burlón,—que Strozzi es personaje de bastante poco viso para que pueda ir y venir sin que nadie le moleste; pues solamente el jefe de los descontentos... ¿No atentó dos veces contra la vida de Vuestra Alteza, una vez llenando de pólvora un cofre sobre el que Vuestra Alteza solía sentarse, pues supo que Vuestra Alteza llevaba una cota de mallas?... Y a propósito, ¿habéis recobrado vuestra cota de mallas?

—No ha sido posible dar con ella.

—Debéis dar a Mauricio el encargo de buscarla; con él nada se pierde, excepto los desterrados... y éstos, afortunadamente, los encuentro yo...

—¿Qué diablos estás diciendo ahí?

—Lo que digo, monseñor, es que si Lorencito no velase por vos, quién sabe lo que pasaría.

—Y tanto te agradezco tus desvelos, que si el trono estuviese vacante, te sentarías en él.

—Monseñor, sólo ambicionaré el trono cuando pueda, no sentarme, sino acostarme en él.

—¿Quieres que te hable francamente, Lorencito?—exclamó Alejandro devolviendo a su favorito el puñal con el que hasta entonces había jugado, y que se apresuró a enfundar de nuevo en su vaina.

—Sí, monseñor.

—Pues bien, creo que eres mi único amigo.

—Mucho me satisface que los dos seamos de la misma opinión, monseñor—replicó el joven.

—Y como yo fuese capaz de fiar en alguno—prosiguió el duque,—en ti fiaría; pero, para eso, preciso sería que me sirvieses tan bien en amor como en política.

—¿Y si satisficiese vuestros deseos?

—Serías el más precioso, incomparable e inestimable de los hombres, y no te cambiaría, aunque me diesen por añadidura Nápoles, por el primer ministro de mi suegro Carlos V, que se vanagloria de tener los mejores primeros ministros del mundo.

—¡Buenos estamos! ¿De modo que en amor no sirvo bien a Vuestra Alteza?

—¡Alábate, hombre!... Hace un mes que te di el encargo de descubrir el retiro de Luisa, que se me ha escurrido de entre las manos y de la que estoy locamente enamorado

no se por que, y tanto sabes de ella hoy como el primer día; sin embargo, quiero que sepas que he puesto a mi mejor sabueso en su busca.

—No puedo menos de confesar que soy un necio, monseñor.

—¿Tú?

—Sí; porque, ¿no os he dicho nada respecto a Luisa?

—Ni una sola palabra, traidor.

—No traidor, sino olvidadizo. Hace tres días que di nuevamente con sus huellas.

—No sé cómo me contengo, no sé cómo no te estrangulo—exclamó el duque.

—¡Cáspita! A lo menos esperad que os dé la dirección.

—¿Dónde vive, verdugo?

—En la plaza de la Santa Cruz, entre las calles del Diluvio y de la Cloaca, cerca del palacio del marqués de Cibo... ¡Voto al diablo! Esta noche, cuando habéis salido de casa de la marquesa, hubierais podido volver la escala y subir al balcón de la otra.

—Perfectamente; esta misma noche la hago robar.

—Os reconozco en vuestro modo de proceder, monseñor.

—¡Lorencito!—exclamó Alejandro con voz amenazadora.

—Perdón, monseñor—dijo el joven entre humilde y zumbón,—pero la verdad es que Vuestra Alteza emplea para todos el mismo procedimiento. ¡Qué diantre! Hay que hacer distinciones entre las mujeres, y no embestirlas a todas del mismo modo: unas, la marquesa, por ejemplo, gustan de ser robadas, y otras quieren ser tratadas con más suavidad y que uno se tome la molestia de seducirlas.

—¿Para qué?

—Para evitar que se arrojen por la ventana al veros entrar por la puerta, como hizo la hija de aquel pobre tejedor cuyo nombre he olvidado... Este modo de obrar es el que arranca a los florentinos tantas maldiciones.

—¡Bah! ¡Deja a los florentinos que chillen; los detesto!

—¿Conserváis aún vuestros prejuicios contra vuestro buen pueblo?

—Los mercaderes de seda, y aun los cardadores de lana, han convertido las muestras de sus tiendas en bla-

sones, y se hacen los escrupulosos y me zahieren sobre mi cuna...

—¡Como si uno pudiera escoger padre! —dijo Lorenzo encogiéndose de hombros.

—¡Hombre, me gusta, sal en defensa suya!...

—Para eso me pagan...

—¡Miserables que diariamente me insultan!

—Sí, como si a mí me guardasen alguna atención.

—Entonces, ¿por qué sales en su defensa?

—Para que no se vuelvan contra nosotros, monseñor.

Los florentinos tienen la manía de dirigir instancias a todos: a Francisco I, al papa, al emperador; y como vos sois yerno de este último, podría suceder que Carlos V se declarase en favor de su hija, la cual comienza a quejarse de verse abandonada a los diez meses de matrimonio.

—¡Hum! —exclamó Alejandro— la verdad es que desde este punto de vista no te falta razón.

—Dicen que estoy loco, y es porque soy el único personaje razonable de vuestra corte, monseñor, —repuso Lorenzo.

—¿De modo que en mi lugar seducirías a Luisa? —dijo el duque después de un momento de reflexión y como cediendo al dictamen de su favorito.

—Sí, monseñor, aunque sólo fuese para introducir alguna variación en vuestro sistema.

—¿Sabes que es muy largo y fastidioso lo que me propones? —dijo el duque bostezando.

—¡Cal!... Es cuestión de cinco o seis días.

—¿Y de qué modo te las compondrías tú, gran seductor?

—Comenzaría por indagar dónde está escondido Felipe Strozzi.

—¡Cómo, desventurado! —exclamó el duque, —¿entonces tú no sabes dónde se esconde?

—Sois muy exigente, monseñor. Os traigo la dirección de la hija, y... Mas concededme algún tiempo para que indague yo la del padre; pues todo de una vez no puede hacerse.

—¿Y cuando sepas donde se esconde Strozzi...?

—Lo hago encarcelar y que le instruyan sumaria.

—¡Hola, hola! Jamás me dijiste que descendieses del

cónsul Fabio. ¿De modo que hoy estás por las contemporizaciones?

—Veamos, monseñor, ¿tenéis algo mejor que proponerme?

—Strozzi está desterrado; por consiguiente, al entrar en Florencia ha infringido la ley. ¿No se han ofrecido diez mil florines por su cabeza? Pues que se la lleven a mi tesoro, que los pagará, y se acabó. Nada más tengo que hacer en este asunto.

—Eso es precisamente lo que me temía.

—¿Por qué?

—Porque de este modo todo lo echáis a perder. ¿Cómo queréis vos que Luisa pertenezca jamás al matador de su padre? En cambio, si seguís el camino que os propongo, esto es, si hacéis que Strozzi sea encarcelado y juzgado por los Ocho, lo cual os da una apariencia de justicia de la que ya sé que nada se os da... ¡qué diantre! una hija tierna como es Luisa, no deja que condenen a su padre cuando basta una sola palabra suya para salvarlo... Lo odioso de la condena recae de esta suerte y por entero en los jueces; mientras que vos, por el contrario, radiante como el Júpiter antiguo encargado del desenlace, os llegáis bonitamente a la máquina... El resultado es segurísimo.

—Ese es un recurso ya muy gastado.

—¿Es que Vuestra Alteza quiere ahora combinar la imaginación con la tiranía? Después de Falaris, que inventó el famoso toro de cobre, y de Procusto, al que se deben los lechos que resultan cortos unas veces y largos otras, sólo hay un hombre notable en este género: el divino Nerón. Pues bien, ¿qué recompensa ha recibido de la posteridad?... Si hemos de creer a Tácito, los unos lo tienen por loco, y, si hemos de dar crédito a Suetonio, los otros lo califican de bestia feroz. En vista de tales ejemplos, haceos tirano... ¡Psch!

—¡Cinco o seis días!...

—Ea, no os impacientéis, monseñor. Conocéis mi debilidad; sin embargo, durante esos seis días, veré de arreglar vuestros asuntos con mi tía Catalina Gironi.

—¿De veras?

—Ayer la vi; y ese fué el motivo de separarme de vos después de lo ocurrido en la plaza de la Santa Cruz.

—¿Prometió algo?

—Su marido saldrá probablemente mañana para una excursión por los alrededores de Florencia, y...

—¿Y qué?

—Trataremos de sacar partido de la ausencia de tan buen marido...

—En tus manos dejo este doble negocio. Ahora, lo que me interesa saber hoy mismo es dónde se esconde Strozzi.

—Vuestro canciller Mauricio os lo dirá... puesto que este asunto le atañe a él y no a mí, monseñor.

—Sin embargo, tú me prometiste hacer indagaciones

—¡Ah! ¿Os lo he prometido? Pues lo sabréis. Pero ahí están nuestros dos servidores: el *Húngaro*, que indudablemente os quiere decir algo, y Birbante, que tal vez quiera decirme dos palabras a mí. No les hagamos perder tiempo, monseñor; probablemente el diablo los envía...

—Acércate, *Húngaro*—dijo Alejandro.

—Entra, Birbante—exclamó Lorenzo.

Los dos esbirros dijeron en voz baja algunas palabras a sus respectivos amos.

—Has llegado tarde para recibir la recompensa, *Húngaro*—dijo el duque echándose a reír.—Las noticias que me das, ya las sabía.

—¿Quién os las ha dado, monseñor?

—Un sabueso que tiene mejor olfato que tú—replicó el duque indicando con el dedo a su favorito.

—¡Ah! ¡El demonio!—murmuró el *Húngaro*, sólo es bueno para perjudicar a los pobres.

—Y a ti, Lorenzo, ¿qué te ha dicho Birbante?—preguntó el duque.

—Que pregunta por mí una dama tapada que sólo quiere quitarse el antifaz en presencia de vuestro servidor.

—¡Vaya una suerte la tuya, perillán!

—¡Sí, como si la hermosa desconocida viniese probablemente por mí!—profirió el favorito. Y acercándose al duque, añadió:—No me detengáis, monseñor; esa dama es seguramente Catalina Gironi.

—¿De veras?

—¡Silencio!

—Siento deseos de acompañarte.

—¡Buena la haríamos, por vida mía! ¿Por que no vais vos solo?

—De mil amores.

—En ese caso me quedo aquí y jamás volveré a inmiscuirme en nada.

—Entonces, ya que es preciso dejarte hacer a tu antojo, ve—dijo el duque. Y en voz baja añadió:—Puedes prometer a tu tía cuanto quieras.

—Le prometeré que os teñiréis los cabellos y la barba.

—¿Por qué?

—Porque en confianza me dijo que sólo le asustaban los castaños.

—¡Fatuo!—replicó el duque dando un empujón a Lorenzo, cuyo ojos despidieron una mirada de odio y de cólera que hizo estremecer al *Húngaro*.

Y mientras el favorito del duque Alejandro bajaba contoneándose por la suntuosa escalera de mármol del palacio Riccardi, el *Húngaro* se acercó a Alejandro, y, con la libertad que éste consentía a los agentes de sus placeres y de sus crímenes, le dijo:

—Monseñor, ¿me autorizáis para que corte la cuerda la primera vez que vuestro maldito primo se sirva de ella para bajar de un segundo piso?

—¿Por qué, animal?—preguntó Alejandro.

—Porque estoy convencido que Lorencito os traiciona.

—Bueno, corta la cuerda—repuso el duque.

Los ojos del esbirro brillaron de alegría.

—Pero ten entendido—continuó el duque—que si tal haces daré orden al verdugo para que anude los dos trozos y con ellos te apriete el cuello... ¿Estamos?

—Sí, monseñor—murmuró el *Húngaro* retirándose.

—Ea, vuelve acá—dijo Alejandro.

El *Húngaro* obedeció.

—Ofrecí cien florines de oro al que primero me dijese dónde estaba Luisa.

—Lo sé, monseñor, y creí haberlos ganado.

—Pero como añadí que daría cincuenta al segundo que me lo dijese, tómalos,—dijo Alejandro arrojando una bolsa al esbirro como el que arroja un hueso a un perro.

El *Húngaro* recogió la bolsa y la sospesó como para cerciorarse de que, en efecto, contenía la cantidad ofrecida, y volviendo a sus sospechas, exclamó:

—Es igual, monseñor, cuanto más bondadoso os mostréis para conmigo, menos me cansaré de repetiros que desconfiéis de Lorencito.

Y se alejó dejando al duque pensativo, cosa que no solía Alejandro estarlo nunca.

## VI

## LA PALOMA DEL ARCA

Mientras el duque Alejandro escuchaba de labios del *Húngaro* sus temores, Lorenzo abandonó el palacio Riccardi y salvó con rapidez, y sin que nadie le viese, la distancia que de su casa le separaba, casa que, aunque pequeña, era digna de un Alcibiades o de un Fiesco, por el buen gusto y la elegancia con que estaba decorada.

Cuando hubo cerrado la puerta, Lorenzo subió apresuradamente la escalera, llegando antes que Birbante al gabinete en que la persona anunciada y que no había querido darse a conocer, le estaba esperando.

Sin embargo, la dama, al oír los pasos de Lorenzo, que sin duda le eran familiares, quitóse el antifaz, se levantó y se dirigió al encuentro del joven.

Al reconocer a Luisa en la persona que le esperaba, Lorenzo no pudo ocultar la sorpresa que su encuentro le causaba, y mirando en torno suyo con inquietud y encargando a Birbante que vigilase la puerta, exclamó:

—¡Dios me asista, Luisa! ¿Qué es lo que te ha movido a cometer la imprudencia de venir a mi casa en pleno día?

—¡Ay, Lorenzo!—dijo Luisa,—el duque sabe donde vivo...

—¿Y es eso todo lo que te ha impulsado a venir?—replicó Lorenzo echándose a reír.

—Qué, ¿acaso no es lo peor que podía sucederme?

—Ya lo había previsto, Luisa mía, y de antemano tomé cuantas precauciones eran menester. Pero, como nada debo ignorar, dime cómo ha sucedido eso.

—Cuando he salido esta mañana de la Santísima Anunciación, a donde he ido a misa, he sido seguida por un hombre.

—Supongo que no habías olvidado mi recomendación de que nunca salieras sin antifaz—repuso Lorenzo.

—Prueba de que no lo he olvidado, es que lo llevaba puesto, pero como ignoraba que fuese espiada por un hom-

bre el cual estaba escondido detrás de la pila del agua bendita, me lo quité para persignarme.

—¿De modo que has sido reconocida y seguida por el espía?

—Sí, hasta mi casa.

—Hubieras debido entrar en la de alguna amiga para burlarlo, y salir por una puerta de atrás.

—¡Qué quieres, Lorenzo! No he pensado en ello: viendo que era seguida, mi imaginación se ha ofuscado.

—¿Has podido conocer al hombre que te seguía?

—Sí, Asunción le ha visto, y dice que era el *Húngaro*.

—Lo cual yo lo sabía ya.

—¿Que tú lo sabías?...

—Sí; acabo de salir del palacio del duque Alejandro.

—¿Y bien?

—No te perturbes, alma mía.

—¿Acaso puedo no perturbarme?

—Puedes contar lo menos con tres días y tres noches.

—¿Tres días y tres noches?

—Sí, y pueden pasar muchas cosas en este período de tiempo—dijo Lorenzo.

—¿Has olvidado, acaso, que al recomendarme que tomara las precauciones que podían ocultar mi retiro, no cesaste de repetirme que preferirías morir antes que verlo descubierto?

—Sí, pero entonces se corría un grave peligro.

—¿Y ese peligro ha desaparecido ahora?

—Cuando menos no es tan grave.

—¿Entonces no te asusta que el duque conozca mi retiro?

—Antes que el *Húngaro* se lo dijera, se lo dije yo.

—¡Lorenzo!—exclamó la doncella tras una breve pausa;—te miro, te escucho... y no te comprendo.

—¿Tienes confianza en mí, Luisa?

—Completa.

—Entonces, ¿qué necesidad tienes de comprender?

—Sin embargo, quisiera poder leer claramente en tu corazón.

—¡Ah, Luisa! Pídele a Dios todo cuanto quieras menos eso.

—¿Por qué?

—Porque sería igual que si te asomases a un abismo—

respondió Lorenzo, riendo a carcajadas. Después añadió:

—Lo que verías en él te produciría vértigos.

—¡Lorencito!

—¡Ay! ¿También tú?

—¡No, Lorenzo, mi amado Lorenz!

—¿Eso era todo lo que tenías que comunicarme?—preguntó el joven mirando fijamente a Luisa.

—¿Es que sabes también...?

—¿Que tu padre está en Florencia?

—¡Dios mío!

—Sí, también lo sé.

—¡Entonces no hay nada que tú no sepas!—exclamó la joven.

—Sé que eres un ángel, vida mía, y que te amo, Luisa.

—Sí, esta mañana ha venido un fraile, el cual me ha dado esta noticia, grata y terrible a un mismo tiempo, y me ha hablado extensamente de ti y de nuestro amor.

—Pero tú nada le has dicho, ¿verdad, Luisa?

—Sí que le he dicho, pero ha sido en confesión.

—¡Luisa!...

—Nada temas, Lorenzo; es fray Leonardo, el discípulo de Savonarola.

—Si es que temo de mí mismol... ¿Has visto a tu padre?

—No; me ha hecho decir por fray Leonardo que no quería verme todavía.

—Pues yo he sido más afortunado, puesto que lo he visto.

—¿Cuándo?

—Anoche.

—¿Aquí?

—No, me vió entrar en tu casa y me esperó en el portal.

—¿Y hablaste con él?

—Sí.

—¿Qué te dijo?

—Propúsome que me casara contigo.

—¿Cuál fué tu contestación?

—Sencillamente, negarme.

—¿Te negaste y dices que me amas?

—Por eso mismo me negué, porque te amo.

—¿Cuándo dejarás de ser un enigma para mí? ¡Dices que te negaste!...

—Sí, y lo hice porque no ha llegado aún la hora. Escúchame, Luisa... ¿Sabes todo lo que en Florencia se dice de mí?

—¡Oh! sí—exclamó con viveza la joven;—pero te juro que jamás creí ni una sola palabra.

—No quieras aparentar más firmeza de la que tienes, Luisa: tú has dudado de mí más de una vez.

—Estando tú ausente, sí, es verdad; pero así que te veía, en cuanto oía el sonido de tu voz, apenas tus ojos se fijaban en los míos como en este momento, decíame para mí: El mundo entero se engaña, pero mi Lorenzo no me engaña.

—Y es verdad, Luisa. Juzga, pues, mi sufrimiento, al ofrecirme el tesoro de todas mis esperanzas; cuando con sólo hacer un signo afirmativo con la cabeza y alargar la mano para recogerlo hubiese logrado que fuese mío, me negué a aceptar lo que en otro tiempo habría pagado con mi vida... ¡Ay! Jamás podrás imaginarte lo que esta noche he sufrido, ni las lágrimas que he devorado... ¡Pobre Luisa mía! No permita Dios que tu bendita frente se oscurezca con la sombra de las calamidades, de las miserias y de las vergüenzas que sobre la mía ha acumulado...

Y al pronunciar estas palabras, Lorenzo ocultó el rostro entre sus manos.

—Pero ¿por qué te has negado?—preguntó la joven.

—Porque—respondió Lorenzo apoderándose de las manos de Luisa y estrechándolas entre las suyas apasionadamente—tengo fuerzas para soportar la humillación que sólo pesa sobre mí, porque lo que para mí puedo sufrir, no podría sufrirlo por la mujer a quien amo, la cual necesita una frente casta, pura y risueña, y esa castidad virginal, esa pureza angélica, esa serenidad inalterable, las he hallado en ti... y todo esto que acabo de decir, Luisa mía, lo perderías al convertirte en la esposa de Lorenzo.

—Pero, ¿no es cierto, Lorenzo mío—preguntó tímidamente la joven,—que llegará el día en que todos los impedimentos y los misterios habrán cesado? ¿No es cierto que llegará el día en que a la faz de todos podremos confesar nuestro amor?

—¡Oh! sí—exclamó el joven estrechando contra su pecho a su amada,—y confío en que ese día no tardará en llegar.

—¡Qué hermoso va a ser ese día para mí, amado mío! —dijo la joven.

—Y grande para Florencia—añadió Lorenzo, abandonándose quizá por vez primera a su entusiasmo.—Jamás duquesa alguna habrá subido al trono tan aclamada como tú lo vas a ser. No me falten Dios y tu amor, y yo te juro que tus sueños de dicha resultarán un pálido reflejo de la realidad...

—Así, pues, si me llama mi padre...

—Acude al llamamiento, confíesale tu amor casto y puro, y entérale de mi amor profundo e inmutable.

—¿Y el duque Alejandro?...

—Eso déjalo de mi cuenta.

—Monseñor—dijo un criado desde el otro lado de la puerta.

—¿Qué ocurre?—preguntó Lorenzo.

—Ha venido un comediante que, sabedor de que deseáis hacer representar una tragedia para distraer al duque, solicita entrar en la compañía.

—Perfectamente, que espere—exclamó Lorenzo.—Estoy trabajando; dentro de un momento abriré la puerta, y entonces que entre.—Y dirigiéndose a Luisa, añadió:—Ponte el antifaz, amada mía, para que nadie pueda concertar. Atraviesa esta habitación, y aquella escalera excusada te conducirá al patio.

—Adiós, Lorenzo mío. ¿Cuándo nos veremos nuevamente?

—Tal vez esta noche. Y a propósito, ¿dónde está tu padre?... ¿Vacilas en contestar?... Comprendo, no eres dueña de este secreto; guárdalo...

—¡Oh! Jamás los tuve para ti, amado mío—exclamó la doncella abrazando a Lorenzo.—Mi padre se halla en el convento de San Marcos, en la celda de fray Leonardo. Adiós.

Y, dichas estas palabras, Luisa salió precipitadamente hacia la escalera volviéndose solamente para enviar a su amado un beso de despedida con la mano.

Lorenzo permaneció apoyado en la barandilla mientras sus ojos pudieron ver a Luisa; después, cuando ésta hubo desaparecido, abrió la puerta y se sentó junto a una mesa sobre la que había una hermosa pistola, con incrustaciones de oro, al alcance de su mano.

Pocos momentos después, el hombre que el criado había anunciado hizo su aparición.

## VII

## UNA ESCENA DE LA TRAGEDIA RACINE

El que acababa de entrar, hombre de unos treinta o treinta y cinco años, debía haber sido en su primera juventud uno de los más hermosos tipos del Mediodía italiano; pero sus facciones habían adquirido tal movilidad, sin duda por el hábito del teatro, y su cabello y su barba tales reflejos argentados, debido indudablemente a las fatigas pasadas, que era sumamente difícil descubrir al hombre antiguo bajo la máscara del comediante sin edad real que ante Lorenzo se presentaba.

Lorenzo, después de contemplar por un momento al recién llegado, fué el primero en romper el silencio que el comediante guardaba indudablemente por respeto, diciendo:

—¿Eres tú el que por mí ha preguntado?

—En efecto, monseñor, yo soy—contestó el comediante dando algunos pasos hacia delante.

—Alto, amigo—exclamó Lorenzo alzando la mano y deteniéndole con un ademán;—no acostumbro a hablar sino a cierta distancia con las personas que no conozco.

—Podéis estar persuadido, monseñor, de que conozco bien la distancia que nos separa para ser el primero en franquearla.

—¡Cómo, bigardo!—exclamó Lorenzo, sonriéndose de un modo singular, y enseñando sus dientes, blancos y afilados como los del zorro,—¿quieres echártelas de chusco?

—Son tantas las agudezas que mis labios han pronunciado desde que representé vuestra comedia del *Aridorio*, monseñor—replicó el comediante,—que nada de extraño tendría que se me hubiesen quedado algunas en la punta de la lengua.

—¿Me adulas?—dijo Lorenzo.—Pues debo advertirte, de una vez para siempre, que el empleo de adulator hay aquí quien lo desempeña mil veces mejor que tú. Conque si tu intención fué darte a conocer por este lado, puedes volverte por donde has venido.

—Nada temáis, monseñor—replicó el imperturbable comediante;—sé lo que debo a mis compañeros los cortesanos para andar pisándoles los talones... Únicamente desempeño los papeles principales y dejo los secundarios para el que quiera representarlos.

—¿Son los cómicos, o los trágicos, los papeles que tú has representado?—dijo Lorenzo.

—Los unos y los otros—repuso el comediante.

—Veamos, pues, los que has desempeñado.

—En la corte del buen papa Clemente VII, que tanto demostraba quereros, representé el papel de Calímaco en *La Mandrágora*, y de mi lucimiento en la interpretación puede hablaros Benvenuto Cellini que estuvo presente en la representación; en Venecia he interpretado el papel de Menco Parabolno en *La Cortesana*, y si algún día se atreve Miguel Angel a entrar en Florencia, os dirá que no le faltó mucho para que se muriera de risa, tanto, que tuvo que guardar cama tres días a causa de lo mucho que aquella noche se divirtió; finalmente, en Ferrara y en la tragedia *Sofronísba*, he desempeñado el papel de tirano, pero con tanta maestría, que la misma noche fui expulsado de sus Estados por el príncipe Hércules de Este, so pretexto de que busqué un triunfo de alusión, siendo así que la coincidencia fué puramente casual, os lo juro.

—¡Hombrel!—exclamó Lorenzo, a quien la charla del comediante comenzaba a interesar,—cualquiera, oyéndote, diría que eres un artista hecho y derecho.

—Sometedme a una prueba, monseñor; pero si verdaderamente queréis verme en mi principal papel, permitidme que os recite un fragmento de vuestra tragedia, *Bruto*, obra deliciosa, a fe mía, pero que, desgraciadamente, está poco menos que prohibida en casi todos los países donde hablan la lengua en que está escrita.

—¿Y qué papel te habías reservado en esa obra maestra?—preguntó Lorenzo.

—Me extraña que me lo preguntéis. El de Bruto.

—¡Oh! El tono con que has pronunciado ese nombre, huele a republicano a tiro de ballesta. ¿Sentías, acaso, simpatía por Bruto?

—Ni por Bruto ni por César: yo sólo soy comediante. ¡Vivan los grandes papeles! Contando, pues, con vuestro

permiso, y si os dignáis escucharme, os recitaré una escena de la obra en el papel de Bruto.

—Bien, ¿y qué escena vas a recitarme?

—La del quinto acto, monseñor, ¿os place?

—¿Aquella en que, al final, Bruto da de puñaladas a César?—preguntó Lorenzo sonriéndose de un modo casi imperceptible.

—La misma.

—Perfectamente.

—Pero si queréis que despuegue todas mis facultades, es preciso que hagáis que me den las réplicas, o que vos mismo, monseñor, os dignéis dármelas.

—De mil amores—dijo Lorenzo,—por más que algo he olvidado las tragedias que he compuesto yo mismo pensando en la que estoy terminando.—Y, suspirando, añadió:—Para esa sí que quisiera un buen actor.

—Contad conmigo, monseñor—exclamó el comediante.

—Pero antes dignaos escucharme, y de este modo Vucencia quedará convencido de qué soy capaz.

—Bien, te escucho.

—Nos hallamos en el vestíbulo del senado; la estatua de Pompeyo está a este lado; vos sois César, yo Bruto; Vucencia viene de la plaza, y yo estoy aquí esperándole. ¿Os place el aparato escénico, monseñor?

—Sí.

—Ahora voy a envolverme en mi toga.

Hízolo el concienzudo comediante, y, adelantándose un paso hacia Lorenzo, empezó:

C.—Salud, César. Quisiera hablarte...

L.—Bien, Bruto ya te escucho.

C.—Esta tarde te esperé en el camino.

L.—Tengo por grande honor que tan noble patricio...

C.—Te engañas, César, vengo a hacerte una súplica.

L.—¿A hacerme una súplica?...

C.—Tú no ignoras, César, que nacemos sujetos al destino, que el bien y el mal comparten nuestra vida, que tras los días dichosos vienen los días infaustos, como tras la noche sigue el día y después de la luz viene la sombra. Y es que el hombre, en su ambición, quiere rebasar los límites que los dioses le han marcado, y que una vez rebasados aquéllos, sea cual fuere su ingenio, la antorcha, cuyo resplandor le parecía eterno, se apaga prontamente en su